

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8291

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 posetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo los casos de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 11 de Agosto de 1888

ECOS DE MADRID.

10 de Agosto de 1888.

Seguimos bajo la influencia del color negro.

La catedral de Sevilla se hunde; el derribo de Santo Tomás en Madrid produce víctimas; el crimen de la calle de Fuencarral continúa preocupando á la opinión y el verano en todo su apogeo achicharra nuestra sangre.

Ah! si no hubiera sido por la nota alegre de la semana, estaríamos con el corazón en un puño; pero llegó el domingo último y con él la elección de dos diputados por Madrid. Ducazcal, Felipe, como le llaman por cariño cuantos le conocen, se había presentado candidato y amigos y adversarios políticos se complacieron ante la idea de ver en el Congreso á Ducazcal, volándole con verdadero entusiasmo y proporcionándole un triunfo que muchos no esperaban y que sin embargo era de esperar dadas las simpatías de que goza el popular hijo de Madrid.

Ha oído á varias personas de las que pasan por serias, sesudas y hasta respetables considerar como poco formal la elección de un empresario de teatro, querido del público, eso sí; simpático ante todo y sobre todo, pero sin antecedentes políticos según los que así juzgan.

Felipe Ducazcal es una prueba viva de que España no ha perdido su afición á las aventuras. Valiente, arrojado, revoltoso de chico, pronto alcanzó dominio entre sus compañeros de juego, porque á sus naturales atrevimientos unía dos sentimientos que jamás dejan de latir en su corazón: la generosidad y la justicia.

El hombre ha seguido siendo lo que anunciaba de chico que sería. A todas horas dispuesto á jugarse la vida, pronto á castigar la ofensa, incapaz de tolerar la menor insolencia, dispuesto á decirles al lucero del alba por su cuenta y riesgo; pasado el primer momento no sabe lo que es rencor y daría su vida por defender al que momentos antes habria despedazado en un instante de arrebato.

Además, su mayor goce es hacer favores lo mismo á los amigos que á los desconocidos. Todas las ideas notables y atrevidas encuentran su decidida protección, y si ha sido en su juventud algo loco, algo desarreglado, algo calavera, no hay quien pueda decir que ha labrado la ruina ó ha causado la desgracia de alguien, como muchos personajes que andan por ahí en coches, son influyentes en el Parlamento y se escandalizan al ver que un hijo del pueblo, ayer aprendiz de imprenta, después agitador de masas, más tarde jefe de orden público, después empresario de teatros, ha llegado hasta los escaños en donde ellos se sientan y en los cuales si apuran un poco á Ducazcal será capaz de decirles en alta voz lo que ellos oyen solo á su conciencia, porque Felipe no tiene pelos en la lengua y es capaz hasta de resultar un orador de elocuencia contundente.

Donde quiera que hay un peligro que arrostrar, ó un sacrificio que hacer, ó una desgracia que aliviar, allí está Ducazcal

Y por eso en Madrid todos los que le conocen le estiman y se alegran de que sea diputado; porque no es un político, es un hombre de partido, es un hijo de Madrid con todas las cualidades y defectos de los madrileños de pura raza, y saben que donde él esté no se cometerán injusticias, ni habrá débiles dignos de apoyo que no alcancen el suyo.

Se cuentan infinitas anécdotas de su accidentada vida. No he oído que ni aun más refractarios á su carácter impetuoso y á sus genialidades pocos formales, cuenten de él ninguna de esas historias que se repiten al pasar ciertos pájaros de cuenta de los que hartos de carne se meten á frailes como el diablo de la leyenda.

Podrá equivocarse la opinión pública con respecto de la inteligencia de los hombres, pero cuando aprecia sus sentimientos no se equivoca nunca.

Duczcal es uno de los españoles que tienen en su carácter y en su sangre algo de D. Quijote y algo de Sancho. Ya van quedando pocos; pero si algo podemos esperar en favor de nuestra patria anestesiada como el perro Chato ó distraída con las billetteras de todos calibres que pululan como esas hierbas que adormecen con sus aromas envenenados, no será seguramente de los que después de meter las manos en el fango se las lavan como Pilatos, sino de esos caballeros andantes resueltos á todas horas á desfacer entuertos y á decir las verdades del Barquero á los que adormece la lisonja de los cortesanos de la fortuna.

Y me falta espacio para hablar de la supresión de las gotas y por ende de las propinas en los cafés.

Como esto ha de dar juego aunque no jugo, dejaremos pendientes las reflexiones á que se presta tan trascendental asunto.

JULIO NOMBELA.

Varietades.

LA JUVENTUD DE MOZART.

El parque Aigen, cerca de Salzburgo, era en otro tiempo el paseo favorito de los habitantes de la ciudad.

Allí precisamente, y en un cálido día de junio de 1772; Amadeo Mozart, que contaba apenas dieciocho años, fué á pasar unas horas de esparcimiento en compañía de su hermana y de una amiga suya, Teresa.

Sentadas al pie de un viejo pino, las dos jóvenes se ocupaban en formar un ramo de flores, mientras Amadeo componía una melodía que iba escribiendo en una hoja de su cuaderno. Como si buscara inspiración, sus ojos se dirigían á cada instante al rostro de la seductora Teresa.

Teresa merecía esa contemplación por sus raras bellezas. Hacía algún tiempo que el pequeño Mozart le prodigaba galanías, suspiros y lánguidas miradas; pero hasta entonces la joven había acogido estas demostraciones de ternura con constantes sonrisas.

Este día, sin embargo, parecía de humor menos jovial y quizá la melodía que comenzaba á canturrear Amadeo la habria enternecido á no ser por una súbita aparición en que el joven compositor se distrajo de su atención y se detuvo en sus lucubraciones.

Al final de la alameda se presentó un personaje, adelantando lentamente y llevando bajo

su brazo izquierdo un objeto de color vivo que á la distancia que se encontraban nuestros personajes no se podia precisar lo que fuese.

—¡Teresa!—¡Anita!—exclamó Mozart—mirad á Schicaneder y su paraguas.

Manuel Schicaneder era el director del modesto teatro de Salzburgo, todo el mundo le conocía y le estimaba; pero lo que contribuyó más á su celebridad fué su paraguas.

Este paraguas no se parecía á ningún otro.

No era solamente un vulgar objeto útil, sino un monumento construido sobre los planos elaborados por su mismo propietario. Era grande como un techo y sólido como un puente, con un mango de nogal barnizado terminado por un asta de ciervo, de un lado, y de otro por un cilindro de reluciente cobre. Sus ballenas eran gruesas como el dedo menique, y adornadas en sus puntas por verdaderas bolas doradas. El color, en fin, de mueble tan magnífico era escarlata, pero escarlata puro, capaz de hacer palidecer á la paleta de Rubens.

Servía igualmente para proteger á su dueño de la lluvia y del calor canicular; y cuando los rayos del sol herían el disco del paraguas en medio de un camino, de una calle ó de una explanada, no había ojo humano capaz de resistir aquel pedazo de fuego.

Este paraguas constituía el orgullo del bueno de Schicaneder, quien en su calidad de director amaba el arte, su teatro y sus artistas; pero adoraba mucho más aquella su tienda de campaña, de la cual no se separaba nunca y á la que debió su gran notoriedad.

Se conciben fácilmente las locas risas del grupo alegre, cuando las exclamaciones de Amadeo vino á señalar la aproximación de tan singular personaje.

Estas risas irreverentes, sofocadas con trabajo en el momento que Schicaneder pasó por delante de los tres, volvieron á empezar más sonoras cuando de pronto gruesas gotas de lluvia empezaron á caer sobre el campo.

No habían pensado nuestros jóvenes precaverse del accidente de las nubes, y se levantaron de prisa huyendo á todo correr en dirección á la ciudad. Pero apenas habían salvado los árboles del paseo, cuando la tormenta se declaró repentinamente, cosa harto frecuente en este país.

A cien pasos de ellos y sin descomponerse, caminaba Schicaneder con su paraguas rojo abierto andando magistralmente con aire triunfante en medio del diluvio.

Movido por el impulso se dirigieron hacia Schicaneder y éste sintió de pronto la brusca acometida de los tres, haciéndole perder el equilibrio. La risa se habían con vertido en imploraciones piadosas.

Repuesto de la emoción experimentada por la sacudida, Schicaneder sonrió vanidoso:

—Venid, hijos míos,—dijo—que mi paraguas es capaz para todos.

Después dirigiéndose á la hermana de Mozart, añadió:

—Aceptad mi brazo, señorita.

Y juntos todos emprendieron el camino de Salzburgo, Anita del brazo de Schicaneder, Teresa del de Mozart.

El trayecto era corto y bien pronto llegaron.

El bueno de Schicaneder no pudo jamás comprender por qué le dió Mozart al separarse de él tantas y tantas gracias por el servicio prestado, cuando todo se reducía á haber cobijado bajo su paraguas á la señorita Ana y á Teresa y Amadeo, que, por cierto venían detrás bajo la hermosa prenda colorada. La efusión de aquella gratitud, aquel apretón de

manos expresivo, le dejaron perplejo, sobre todo cuando oyó de labios de Mozart: «Nunca, nunca olvidaré lo que á usted debo.»

—Jamás señor mio jamás—había exclamado en un raptó de expansión, con los ojos brillantes, mientras Teresa, encarnada como las amapolas, tenía los suyos fijos en el suelo; —nunca se borrará de mi memoria el inmenso servicio que me ha prestado, y en todas las épocas de mi vida me creeré feliz si puedo daros un testimonio de mi gratitud. No os olvidéis de Amadeo Mozart.

—¡A qué tanto!—pensó Schicaneder, y sin procurar descifrar el misterio desapareció, luego de haber saludado reverentemente á Mozart y á las dos jóvenes.

Doce años habían pasado desde los anteriores sucesos.

Después de haber sufrido todas las auras y bajadas á que está expuesto un director y empresario, habiendo consumido todos sus recursos, llegó con los últimos restos Schicaneder á Viena para intentar la resurrección de su modesta fortuna.

Durante este tiempo el pequeño Amadeo de Salzburgo se había convertido en Mozart, y casi tocaba al apogeo de su gloria; acababa de terminar *El matrimonio de Figaro* y *Don Juan* había llevado su nombre á los cuatro vientos de Europa.

Entonces Schicaneder tuvo una idea, y sin madurarla se fué inmediatamente á llamar á la puerta del maestro, haciéndose anunciar por su nombre y como director del teatro de Salzburgo.

—¿Schicaneder?—Dijo Mozart.—¿Schicaneder?... no conozco; y después de un silencio:—No importa, que pase.

Inmediatamente fué introducido Schicaneder, el cual se deshizo en reverencias, tosió repetidas veces, y después de repente; reuniendo todo su valor, sacó de detrás de su espalda, donde permanecía oculto, un objeto; sacó, repetimos, un inmenso paraguas escarlata, abriéndolo de pronto ante los asombrosos ojos de Mozart.

El gran maestro no pudo contener un movimiento de sobresalto; pero reponiéndose al punto, rompió en sonoras carcajadas.

En vano Schicaneder se esforzó más tarde en contar minuciosamente todas las peripecias de su carrera de empresario al autor del *Don Juan*; en vano le recordaba los pormenores de aquel día tempestuoso de Salzburgo; Mozart no hacía más que reír hasta que una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, mirando con tenacidad extraordinaria el paraguas escarlata.

Perdido en sus recuerdos, resucitaba en el pensamiento y en el corazón de Mozart la mañana de Salzburgo, el talle de Teresa, y en sus labios las mejillas de su primer amor...

Para manifestar la gratitud ofrecida en aquel día á Schicaneder, regaló á éste su obra *La flauta encantada*, en la que aparece aquella melodía que escribió en la hoja de su cuaderno bajo los árboles del parque Aigen.

La flauta encantada hizo feliz al pobre viejo Schicaneder, conjurando las injusticias de la suerte.

A su muerte, que sobrevino bien pronto, fue informado Mozart de que heredaba el paraguas de Schicaneder.

Local y provincial.

Detalles sobre el crimen de que dimos cuenta ayer á nuestros lectores:

Vivía en la Aldea un trabajador minero, que á consecuencia de haber sufrido un golpe en una mina no estaba siempre útil para el